

del sucesor de san Pedro, del vicario de Jesucristo, se vieron rebajados hasta el punto de recibir el báculo pastoral de manos de un príncipe infiel y bárbaro, para ser en lo sucesivo viles juguetes suyos. La toma de Constantinopla tuvo otro resultado aun mas grave; y fué el de acabar de fundar el imperio turco y constituirlo en su formidable unidad. La guerra entre el Evangelio y el Alcoran trasladó su campo de batalla en las fronteras de los Estados cristianos y de la Turquía europea. Desde ahora la historia nos hablará constantemente de los esfuerzos de los Turcos para invadir la Europa, y los de los papas para rechazarlos ó abatirlos. Esta política durará hasta nuestros dias. El papa Nicolao V fué el primero que abrió la guerra santa, y que durante los años 1454 y 1455 trabajó en formar entre los príncipes cristianos una grande liga contra Mahometo II. En el momento en que iba á recoger el fruto de sus trabajos, murió, en 24 de marzo de 1455, despues de un reinado glorioso.

§ IV. PONTIFICADO DE CALIXTO III (8 de abril de 1455-6 de agosto de 1458).

25. El cardenal Alfonso de Borja tenia á la sazón setenta y ocho años; era natural de Valencia, en España, cuyo obispo fué. San Viente Ferrer le habia predicho el pontificado; y en efecto los votos del conclave recayeron en él, y tomó el nombre de Calixto III. Llegado á una edad en la cual todos los hombres pierden en energía, él habia conservado toda la suya. « En nombre de la santísima é indivisible Trinidad, dijo el dia de su exaltacion, yo juro perseguir con el mayor vigor á los Turcos, crueles enemigos del nombre cristiano, con todos los medios que estén á mi alcance: » y en efecto cumplió su palabra. Eneas Silvio fué enviado á todas las cortes de Europa para organizar la cruzada; y el ilustre franciscano, san Juan de Capistrano, quedó encargado de predicarla en Alemania. El emperador, los reyes de Francia, Inglaterra, Aragon, Castilla y Portugal prometieron su concurso. El duque de Borgoña, Felipe el Bueno, habia tomado la cruz y hecho

juramento de caballero de librar á Constantinopla del yugo otomano. El general entusiasmo por la santa expedicion pudo hacer concebir las mas fundadas esperanzas. Mahometo II acababa de hacer por su parte armamentos formidables. Uno de sus visires, viéndole tan afanado en tantos preparativos de guerra, le preguntó respetuosamente cuáles nuevos designios traia en manos: « Si un pelo de mi barba, respondió el sultan, pudiera saberlo, me lo arrancaria y le echaria al fuego. » El 3 de junio de 1456, un ejército otomano, fuerte de ciento y cincuenta mil hombres, puso sitio á Belgrado. El jóven rey Ladislao VI se fugó de Viena, y la Europa quedó abierta. Juan Hunyada le sirvió de baluarte. El gran capitán fué maravillosamente secundado por san Juan de Capistrano. Este célebre franciscano ya se habia ilustrado en sus predicaciones contra los Husitas de Bohemia: estaba reverenciado de los pueblos como un profeta, y Calixto III no halló mejor jefe que él para los cruzados que pasaron á Hungría. Los príncipes no habian cumplido su promesa. El fuego por la guerra santa habia sido pasajero, y tan pronto disipado como concebido; por manera que fueron inútiles todos los esfuerzos del pontífice para hacerlo revivir. Desesperanzado de levantar al Occidente, el papa quiso al menos implorar la proteccion del cielo en favor de los Húngaros. Mandó pues que todos los dias, al medio dia, se tocasen las campanas en todas las parroquias de Europa, á fin de amonestar á los fieles rogasen por los defensores de la cristiandad que combatian contra los Turcos. Se concedieron indulgencias á todos los que al toque predicho de las campanas rezasen con esta intencion el *Pater noster* y el *Ave Maria*. Tal fué el origen del *Angelus* (1), que toda la Iglesia católica ha consagrado en su uso y conservado hasta hoy. Reducido á sus propias fuerzas, Hunyada hizo prodigios de valor. San Juan Capistrano, con la cruz en la mano, se hallaba siempre en la brecha, y comunicaba á los soldados cristianos un valor sobre-

(1) Y en efecto, en España se dice toque de *Oraciones*, toque de *Ave Marias*, sin duda por las oraciones mandadas por Calixto III. (El Traductor.)

natural. Todo cedió ante estos héroes, y el altanero Mahometo II, herido gravemente, se retiró bramando de cólera con los restos de su ejército, el 6 de agosto de 1456. Si en este momento hubiera secundado la Europa las elevadas y generosas miras del soberano pontífice, de seguro hubieran perdido los Otomanos á Constantinopla. Pero los intereses y rivalidades de naciones preocupaban entonces á todos los príncipes: y para colmo de desgracia, murieron en el mismo año de su triunfo los dos libertadores de Belgrado, y los Turcos continuaron amenazando al mundo católico con su poder, que iba creciendo constantemente.

El pontificado de Calixto III se abrevió por el dolor que le causaba la invencible indiferencia de los reyes cristianos. Profundo jurisconsulto, hizo revisar el proceso de Juana de Arc, y rehabilitó, como hemos referido, la memoria de esta heroína. Firme en sus designios, supo hacer respetar la potestad pontificia. Juan II de Aragon, en cuyo reino habia nacido, intentaba gobernarle aun en el trono pontifical. Preguntándole sus embajadores cómo pensaba vivir con él, respondió: «Gobierne él sus Estados, y yo la Iglesia.» La historia solo ha hallado en Calixto un defecto, el de una sobrada ternura por su familia; y haber elevado á las dignidades eclesiásticas á su sobrino, Rodrigo Lenzuoli (cardenal de Borja, despues Alejandro VI), cuyas costumbres y carácter no eran las de un ministro del altar. Calixto III murió á los ochenta años, en 1458.

§ V. PONTIFICADO DE PIO II (27 de agosto de 1458-14 de agosto de 1464).

26. La silla de Roma puede mudar de titular, mas no de línea de conducta en lo tocante á los grandes intereses del mundo. A la muerte de Calixto III, el conclave eligió papa al cardenal Eneas Silvio, [hombre sabio, docto, prudente, conocedor del mundo, hábil en los negocios, y sobre todo grande por su franca retractacion de su conducta en Basilea]. Fué poeta, historiador y orador, todo en superior grado. A su adveni-

miento, tomó el nombre de Pio II, y anunció su designio de continuar los proyectos de su antecesor en el Oriente, y para ello concibió formar una asamblea general en Mantua, donde se tratase de los medios de llevarlos á cabo, y fijó para ello el 1.º de junio de 1459. Fueron rogados para asistir á aquella todos los reyes y príncipes de Europa. Pero no fué escuchado dicho llamamiento. Solo enviaron sus representantes Chipre, Rodas, Lesbos, Albania, Epiro, Bosnia y el Ilirio; esto es, las provincias amenazadas: mas no hallaron buena voluntad en las potencias occidentales (1). Pio II peroró y habló muchas veces, tierna y elocuentemente, sobre el peligro que amenazaba á la Europa, y ofreció todos los recursos de que podia disponer la Santa Sede, ya en su patrimonio, ya en las rentas y derechos que percibia en los diversos reinos cristianos. Pero la Francia rehusó pagar los subsidios, y el parlamento apeló del papa al futuro concilio general. La Alemania, que mas que ninguna otra potencia estaba interesada en detener los progresos del mahometismo, estaba enteramente absorbida en sus luchas intestinas. La Inglaterra, ensangrentada por sus guerras de las Dos Rosas. Aragon, ocupado en hacer guerra á la Cataluña. La Italia meridional, teatro de continuos combates. El reino de Nápoles, hecho campo de batalla entre Renato de Anjou y Fernando I de Aragon, hijo bastardo de Alonso el Magnánimo. Fernando habia sido adoptado por heredero por Juana II: lo que fué motivo de tan largo conflicto.

27. En medio de estas complicaciones que consumian las fuerzas del mundo católico, Pio II comprendió que su principal deber era trabajar por lograr la pacificacion general. Principió por Italia, y en cualidad de soberano del reino de Nápoles se pronunció entre ambos pretendientes. Fernando reinaba desde hacia un año (1458), y le amaba la poblacion; porque el carácter disimulado y cruel de este príncipe aun no se habia manifestado. Pio II no vaciló pues en darle la investidura de

(1) Hay que advertir que en esta época estaban muy comprometidas en guerras y disensiones políticas todas ó casi todas las provincias cristianas de Europa. Y esta es la principal razon de su inaccion respecto de la cruzada. (El Traductor.)

los Estados napolitanos, resolución tanto mas magnánima cuanto que los papas se habían inclinado siempre á la casa de Anjou. Por desgracia Carlos VII no comprendió esta generosa política, y envió embajadores á Mantua para quejarse contra el papa y reclamar en favor del príncipe francés. En una larga y enérgica respuesta, justificó Pio II plenamente su conducta, en un discurso elocuente que no duró menos de tres horas. « Nos sorprende, decia el papa, el que la Francia haya podido » esperar la investidura del reino de Nápoles en favor de uno » de sus hijos, mientras que por otra parte se mantiene en ella » la ejecución de un contrato subrepticio, hostil á la Santa Sede, » la *pragmática sancion*. Se hace de esta una ley fundamental » del Estado, y se quiere hacer pasar por ordenanza de la Iglesia el acto mas injurioso á la autoridad pontificia que haya » habido jamás. » El lector se acordará que Carlos VII habia » redactado la *pragmática sancion* en los Estados generales de Bourges durante la celebracion del concilio de Basilea, conforme en todo con las ideas que dominaban en él.

28. Las últimas palabras contra este acto eran una formal retractacion contra el concilio de Basilea, cuyo secretario habia sido Eneas Silvio; y para mas distinguir la diferencia entre el canciller de Basilea y el soberano pontífice, Pio II quiso por medio de una bula condenar á la faz del universo cuanto se habia hecho en Basilea contra la legítima autoridad de Eugenio IV. Cumplió con este deber con tal abnegacion personal y franqueza de lenguaje, que le granjearon la admiracion universal. « Somos hombre, decia; y como tal sujeto á las flaquezas é ignorancias de la humanidad. Entre las cosas que » hemos dicho y escrito antes de nuestra exaltacion, hay » muchas condenables: hemos pecado por seduccion; hemos » perseguido la Iglesia de Dios por ignorancia. Como Agustino, » no vacilamos en retractar los errores que pueden hallarse en » nuestros discursos ó escritos. En otro tiempo hablé y obré » como jóven; creedme ahora, anciano; haced mas caso de un » soberano pontífice que de un particular; recusad á Eneas Silvio, » y oid á Pio II. » Despues de tan explícita declaracion, el

papa quedaba libre en la senda en que habia entrado. El 18 de enero de 1459 publicó la famosa bula *Execrabilis*, en la cual condena las apelaciones del juzgado pontifical al futuro concilio. « Nuestro siglo, dice, ha visto manifestarse á las claras un abuso execrable y desconocido en la antigüedad. Impelidos » por espíritu de insubordinacion, hombres rebeldes se creen » con derecho de invalidar las sentencias del romano pontífice, » del vicario de Cristo, apelando al juicio de un futuro concilio. » ¿Qué cosa mas irrisoria que este desacato por el cual se recusa » un tribunal cierto para deferir la sentencia á un tribunal que » aun no existe? Bastan las mas ligeras nociones de derecho » canónico para estimar en su valor lo perjudicial que fuera » semejante sistema á la Iglesia de Dios. Queriendo pues alejar » del rebaño de Cristo veneno tan pestilencial, con parecer de » nuestros venerables hermanos, los cardenales de la santa » Iglesia romana, de todos los prelados y jurisconsultos de » nuestra curia, condenamos dichas apelaciones, las reprobamos como erróneas, y prohibimos bajo pena de excomunion *ipso facto incurrenda* interponer en lo sucesivo » semejantes apelaciones. » El espíritu que dictó este decreto era el mismo que habia animado á san Gregorio VII y á Inocencio III.

29. La publicacion de la bula *Execrabilis* en Francia fué señal de una verdadera borrasca. La Universidad de París, baluarte del galicanismo, habia patrocinado las doctrinas de Basilea: la eleccion de Eneas Silvio al pontificado le habia parecido del mejor agüero, y no dudaba de la fidelidad del papa á sus antecedentes. Viéndose estrellar así sus esperanzas, dejó estallar su descontento. El rey Carlos VII cometió al parlamente el exámen de la bula. ¡Extraña proteccion de un hijo primogénito de la Iglesia, que revestia á una asamblea de magistrados del poder de reformar á su capricho las ordenanzas apostólicas! Solo la ceguera y la pasion han podido hacer que se hayan trascurrido tantos siglos de adhesion á tan exorbitante inconsecuencia. El fiscal general, Dauvet, apeló de la bula al futuro concilio, é hizo registrar esta protesta en el par-

lamento. Carlos VII veía con placer esta explosión de la magistratura contra la autoridad pontificia; y no pensaba que un día se revolvería contra la autoridad real la oposición que se hacía entonces al papa. Los excesos y abusos del poder encuentran siempre en sí mismos su propio castigo; y bajo el punto de vista histórico, es sobrado cierto que los hijos llevan la pena que merecieron las faltas de sus padres.

30. La muerte de Carlos VII, acontecida en 1461, puso término á estos tristes debates: el trono de Francia pertenecía á Luis XI. Naturalmente duro, desconfiado, disimulado, atrevido en la prosperidad, excesivamente tímido en los reveses, avaro por genio, y liberal por política, beató hasta degenerar en supersticioso, y no haciendo caso de los más sagrados juramentos cuando iban contra su interés; popular á causa de una falsa familiaridad, y sembrando trapas en su parque de Plessis-lès-Tours; cruel por cálculo, y jugando con sus víctimas antes de inmolarlas, el nuevo rey subía al trono con plan muy concertado, con ideas mucho tiempo há fijas y maduras. Había resuelto fundar el poder real sobre los restos de la aristocracia: prosiguió su objeto por las más torcidas sendas, abatiendo á su paso cuanto podía hacerle obstáculo. La Borgoña, el Anjou, el Maine, la Provenza, la Cerdeña y el Rosellon, reunidos á la Francia, fueron frutos de su política; aunque costando la vida á Carlos el Temerario, al conde de Armañac, á Carlos de Albret, al duque de Nemours, al condestable de Saint-Pol, etc., etc. « Pero, decía con mucha sorna Luis XI, esos son frutos del árbol de la guerra. » Luis XI inauguró su reinado destituyendo á todos los magistrados ó empleados superiores que hasta entonces habían entendido en la dirección de los negocios, y reemplazándolos con los desgraciados con su padre. Quiso hacer prevalecer en adelante una política opuesta á la anterior. La *pragmática sancion* que Carlos VII declaraba ley fundamental, fué comprendida en el sistema general de condenación del anterior sistema. « Hemos reconocido, escribió Luis XI al papa, » que este acto es contrario á vuestra autoridad y á los derechos de la Santa Sede. Hecho en tiempo de cisma y sedición,

» solo puede causar el trastorno de las leyes y del buen orden, » pues que impide la potestad legislativa inherente á vuestra dignidad. Destruye la subordinación en la Iglesia, y á favor » suyo los prelados de nuestro reino levantan un edificio de » licencia; se hallan pues rotas la unidad y uniformidad que » deben reinar en los Estados cristianos. Por lo cual abolimos » y anulamos la *pragmática sancion* en todos los países de » nuestra obediencia; y restablecemos las cosas en el pié y » estado que estaban antes. Estad seguro de que en lo veni- » dero los prelados de la Iglesia galicana se someterán á vues- » tros decretos y mantendrán con Vuestra Santidad una armo- » nía perfecta. » Se cometió la negociación de este asunto á Juan Geoffroy, obispo de Arras, á quien le valió el capelo esta misión. Por lo demás, esta abolición fué muy mal acogida en Francia. La Universidad de París y el parlamento elevaron duras quejas al rey acerca de ella; pero Luis XI se reservaba á sí mismo el derecho de quebrantar las promesas que acababa de hacer el papa. Sus respetuosas demostraciones solo habían sido una ficción para dar á su nuevo reinado, á los ojos de la Europa, el apoyo y concurso de la Santa Sede. De hecho, la *pragmática sancion* continuó, al menos en lo principal, teniendo fuerza de ley hasta 1515, época del concordato definitivo entre Francisco I y Leon X.

31. En esto, ya había conquistado Mahometo II las islas de Lemnos, Lesbos y Negroponto. La resistencia heroica de Scanderberg, heredero de la gloria de Juan Hunyada, detenía sus progresos en el Epiro. Los diputados de la Grecia volvieron á solicitar apoyo del soberano pontífice. Pio II volvió á escribir á todos los príncipes de la cristiandad para marchar contra el enemigo común; mas fueron estériles sus instancias. Entonces tomó el partido de dirigirse al mismo Mahometo, esperando que, como son incomprensibles los juicios de Dios, la Providencia detendría por este medio el azote que amenazaba á la Europa. « Hasta » ahora, le decía el papa, habeis vencido á los Griegos, porque » los Griegos no son verdaderamente cristianos. No os sospe- » chais lo que son las fuerzas de los Occidentales, con quienes

» aun no os habeis batido. Si consintiéseis en examinar los dogmas de la religion de Jesucristo, no tardariais en reconocer su superioridad sobre el culto de Mahoma. Convirtiéndooos á la fe y recibiendo el bautismo, consolidariais vuestro imperio y os llenariais de gloria inmortal. Clodoveo entre los Francos, Recaredo entre los Godos, y Constantino entre los Romanos, lo han hecho antes que vos. Entonces seriais posesor legítimo de cuanto habeis usurpado por la violencia y de que gozais con injusticia. » Como era probable, esta exhortacion no produjo efecto alguno en el corazon del sultan, y continuó con nuevo furor sus incursiones. El papa no se desanimó. « No hallamos sino un solo medio de determinar á los príncipes cristianos á la guerra santa, dijo á los cardenales; y es juntar nos mismo el ejemplo con las exhortaciones y súplicas. » Tal vez, cuando vean al pontífice romano, su padre, al vicario de Cristo, marchar en persona contra los Turcos, se abochornarán de su indiferencia é inaccion. » El sacro colegio aplaudió este heroismo del papa; y una bula del mes de octubre de 1463, dirigida á toda la cristiandad, notificó al universo la magnánima resolucion del vicario de Jesucristo. Declaró pues el papa que se dirigia al puerto de Ancona, donde le esperaba una armada veneciana, y que se embarcaria, para ir á combatir, en persona, á los infieles. Y en efecto Pio II llegó á Ancona, en donde se le unió el dogo de Venecia y el ejército de la república. Iba á embarcarse, cuando le previno la muerte en 4 de agosto de 1464, é hizo disiparse los proyectos que habia formado para gloria de la cristiandad.

CAPITULO V.

SUMARIO.

§ I. PONTIFICADO DE PAULO II (31 de agosto de 1464-26 de julio de 1471).

1. Eleccion de Paulo II. Scanderberg. — 2. Paulo II depone á Podiebrado, rey de Bohemia, que es reemplazado por Vladislao. — 3. Nuevo asunto sobre la *pragmática sancion*. — 4. El cardenal de la Balva. — 5. Sabia administracion de Paulo II. Muerte de este papa.

§ II. PONTIFICADO DE SIXTO IV (9 de agosto de 1471-15 de agosto de 1484).

6. Esfuerzos de Sixto IV para organizar una cruzada contra los Turcos. — 7. Pedro de Aubuson. Sitio de Rodas. Muerte de Mahometo II. — 8. Revolucion en Florencia. Suplicio de Francisco Salviati, arzobispo de Pisa. El papa fulmina entredicho contra Florencia. Liga de los principados italianos y de la Francia contra Sixto IV. — 9. Política de los soberanos pontífices en Italia. Muerte de Sixto IV. — 10. Muerte de Luis XI. San Francisco de Paula.

§ III. PONTIFICADO DE INOCENCIO VIII (29 de agosto de 1484-24 de julio de 1492).

11. Lucha en Oriente por la sucesion de Mahometo II. Bayazeto I. El príncipe Zizim. — 12. Vana tentativa de Bayazeto contra Italia. — 13. Disturbios en Nápoles. — 14. Fernando é Isabel la Católica. Inquisicion en España. Torquemada. — 15. Muerte de Inocencio VIII. Pico de la Mirándola.

§ IV. PONTIFICADO DE ALEJANDRO VI (11 de agosto de 1492-18 de agosto de 1502).

16. Eleccion de Alejandro VI. Su carácter. — 17. Alejandro VI parte las tierras del Nuevo Mundo entre los reyes de España y Portugal. — 18. Orden y seguridad personal restablecidos en Roma por Alejandro VI. Ludovico Sforzia, *el Moro*, duque de Milan, llama á los Franceses á Italia. — 19. Los nobles romanos se someten á Carlos VIII. Entrada de Carlos VIII en Roma. Expedicion de Nápoles. — 20. Castigo de los nobles romanos. — 21. Savonarola. — 22. Rebelion de Savonarola contra la autoridad de la Santa Sede. Su suplicio. — 23. Advenimiento de Luis XII al trono de Francia. Nueva expedicion contra Italia. Muerte de Alejandro VI.

§ V. PONTIFICADO DE PIO III (23 de setiembre de 1502-18 de octubre de 1503).

24. Eleccion y Muerte de Pio III.

§ VI. PONTIFICADO DE JULIO II (1º de noviembre de 1503-21 de febrero de 1513).

25. Carácter de Julio II. — 26. Liga de los príncipes europeos contra este papa. Conciliábulo de Pisa, donde es depuesto Julio II. — 27. Décimoséptimo concilio general en Letran. Muerte de Julio II. — 28. Movimiento intelectual de la Italia en esta época. Renacimiento.